

América como vector de regeneración y cohesión para una España plural: «La Raza» y el 12 de octubre, cimientos de una identidad compuesta¹

David Marcilhacy
Université de Paris-Sorbonne

RESUMEN: *Este artículo analiza de qué manera el mito americano contribuyó a construir el imaginario nacional español durante la Restauración borbónica. Mientras España perdía su estatus de metrópoli colonial y atravesaba una crisis identitaria que sacudiría los cimientos del pacto restauracionista, el naciente movimiento hispanoamericanista finisecular recurrió al mito de la “Raza hispana” como sustrato de una comunidad nacional imaginada y presuntamente cohesiva. Fomentada por el auge del asociacionismo americanista en la periferia peninsular, la reactivación del sueño imperial se concretó en toda una serie de iniciativas, en particular en las políticas de memoria que entonces fueron llevadas a cabo. Celebrado por primera vez en 1892, el aniversario del Descubrimiento de América se convirtió, durante los años 1910, en “Día de la Raza” y símbolo nacional. Como otras conmemoraciones americanistas que surgieron en aquellos años, las celebraciones del 12 de octubre sirvieron de estímulo para una nación obsesionada por el temor a la fragmentación. Asimismo, contribuyeron a redefinir los contornos de la identidad colectiva. De este modo, América se convirtió en un vector de regeneración y de cohesión nacional para España. El arraigo progresivo del “Día de la Raza”, posibilitado por el papel pionero de determinados colectivos de Cataluña, Andalucía e Hispanomérica, revela que sus promotores tuvieron como ambición ofrecer a la España plural un relato común y positivo de su historia. Tanto el mito que se le asoció como los actos organizados en esa ocasión por toda España pretendieron así reunir en un mismo haz las referencias múltiples —local, regional, nacional e incluso panhispánica— que han ido forjando el imaginario español.*

¹ Este trabajo ha sido financiado con la ayuda del proyecto de investigación «Imaginaros nacionalistas e identidad nacional española en el siglo XX (HAR2008-06252-C02-02).

PALABRAS CLAVE: Restauración borbónica; Nacionalismo; Construcción identitaria; Conmemoraciones; Día de la Raza; Hispanoamericanismo.

America as a Base of Regeneration and Cohesion for a Plural Spain: “Hispanic Race” and October 12th, Sources of a Composite Spanish Identity

ABSTRACT: *This study analyzes how the American myth contributed to the construction of the imagined Spanish identity during the Bourbon Restoration. While Spain lost its status of colonial power in America and underwent an identity crisis at the end of the 19th century, the rising Spanish Americanist movement revitalized the myth of the “Hispanic Race” as a substrate of an imagined, presumably cohesive national community. Strengthened by the expansion of the Americanist associations in the outer regions of Spain, the revival of the imperial dream took shape particularly in the politics of memory carried out at that time. Celebrated for the first time in 1892, the anniversary of the Discovery of America became “Día de la Raza” and a national symbol during the 1910s. Like other Americanist commemorations that arose in those years, the annual celebrations of October 12th served as a stimulus for the nation, which was obsessed by the fear of social fragmentation. Besides, they helped to redefine the contours of the collective identity. Therefore, America became a base for the regeneration and the national cohesion of Spain. The progressive implementation of the “Día de la Raza” (Spanish National Day), advocated by several pioneer collectives of Catalonia, Andalusia and Spanish America, reveals that they had the ambition to offer the plural Spain a common and positive narrative. In other words, the events organized that day over all Spanish territories, as well as the myth associated to it, aimed at reuniting the multiple references (local, regional, national and even pan-hispanic) which have been important in generating the imagined Spanish identity.*

KEY WORDS: Bourbon Restoration; Nationalism; Spanish Identity; Commemorations; Día de la Raza (National Day); Spanish Americanism.

La investigación sobre los procesos de construcción identitaria y de vertebración de la colectividad española conoció nuevos derroteros al iniciarse la construcción democrática y la constitución de la España autonómica. Surgió entonces una importante producción cultural e historiográfica procedente de la «periferia», en especial de las «nacionalidades históricas» que reconoce la Constitución de 1978². A partir de la década de los 90, las interrogaciones sobre la nación española conocieron un nuevo repunte, enfocando la cuestión del nacionalismo no solo desde Cataluña o el País Vasco sino también desde

² Para atenernos a algunos ejemplos, citemos: GRANJA SÁINZ, 1995; BERAMENDI, 1997; RIQUER I PERMANYER, 2000.

el centro³. Este interés renovado no siempre estuvo libre de una tendencia hacia la legitimación del marco institucional y cultural del Estado-nación, ante fenómenos como la globalización o el protagonismo de los nacionalismos periféricos en determinados espacios políticos y sociales. No obstante, lo cierto es que las recientes investigaciones permiten arrojar luz sobre unos procesos nacionalizadores emprendidos por las élites centrales que, en el caso español, hasta la hora habían sido infravalorados, cuando no negados⁴.

Las primeras políticas destinadas a articular una identidad para el naciente Estado-nación español se remontan al siglo XIX⁵. Sin embargo, las convulsiones vividas en la Península ibérica durante aquel período hicieron difícil el arraigo del liberalismo y frenaron dicho fenómeno de construcción y homogeneización de la comunidad nacional. Con la restauración de la monarquía borbónica, a fines de 1874, se inició en España una etapa de mayor estabilidad que permitió potenciar distintas estrategias tendentes a crear una cultura nacional cohesiva. Junto a la reforma del sistema educativo, iniciada a principios de 1900, las políticas de memoria entraron de lleno en este proceso: consistiendo la memoria en una narración mitificada del pasado, presenta en efecto una clara función social, y puede aprovecharse para crear esa «comunidad imaginada» que es una nación⁶. Por eso, ya desde los años 1880, las élites sociales y políticas españolas lanzaron varias iniciativas para conmemorar figuras y episodios del pasado susceptibles de articular el relato nacional que defendían.

Porque le ofrecía a la colectividad española una proyección exterior halagadora, el pasado de la colonización americana fue una potente referencia, como lo muestra el éxito del IV centenario del Descubrimiento, celebrado en Madrid y Huelva en 1892⁷. Pocos años después, la crisis finisecular y la pérdida de las colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, hicieron más necesaria todavía la reactivación del sueño imperial hispano como vector de regeneración y de cohesión nacional. Gracias al naciente movimiento americanista, se recuperó entonces un doble mito: por una parte, el concepto decimonónico de la «Raza», considerada como sustrato de una comunidad hispánica supuestamente unida más allá de las emancipaciones; por otra, la recuperación del 12 de octubre de 1492 como fecha fundacional susceptible de aunar todas las clases sociales, sectores ideológicos y territorios que componían la nación española.

³ Las referencias en la materia son numerosas. Veamos en particular algunas obras colectivas: CAMPUZANO CARVAJAL (coord.), 1993. BERAMENDI, MÁIZ SUÁREZ y NÚÑEZ SEIXAS (eds.), 1995. BLAS GUERRERO (coord.), 1997. GRANJA SÁINZ, ANGUERA y BERAMENDI (eds.), 2001. TAIBO ARIAS (coord.), 2007.

⁴ Sobre el tema, véase MORENO LUZÓN (ed.), 2007.

⁵ ÁLVAREZ JUNCO, 2001.

⁶ Sobre el concepto de la nación como «comunidad imaginada», véase ANDERSON, 1991.

⁷ Sobre aquel centenario, léase BERNABEU ALBERT, 1987.

A raíz del centenario de 1892 empezaron a difundirse las celebraciones del 12 de octubre hasta su oficialización en 1918 como fiesta nacional con el nombre de «Día de la Raza». Esta conmemoración anual ilustra cómo amplios sectores de las élites españolas pudieron converger en la creación de un imaginario común para eludir el riesgo de fragmentación que para muchos amenazaba la unidad del país. Como luego se verá, los colectivos más activos y pioneros en la difusión del ideario americanista mediante el símbolo del 12 de octubre procedieron de la periferia peninsular (principalmente Cataluña y Andalucía) y de los emigrantes españoles instalados en América. Sólo en un segundo tiempo esas iniciativas recibieron el decisivo respaldo de las élites y autoridades centrales.

Al enfocar este proceso de vertebración nacional mediante una referencia exterior, veremos que el arraigo progresivo de esa fiesta manifiesta que la identidad colectiva española fue una construcción desde abajo arriba, o incluso desde afuera adentro, y no el resultado único de la imposición del Estado y de las élites centrales. Así nos interesaremos por los factores que explican el éxito notable que tuvo el mito de la Raza hispana en el discurso público, aunque también su definición y uso produjeron crecientes desencuentros a raíz de la crisis del régimen restauracionista y su sistema bipartidista⁸. Al deconstruir la idea de «Raza» y la fiesta epónima, nuestro objetivo es resaltar la fuerza de la referencia americana para reunir en un mismo haz las identidades múltiples —local, regional, nacional e incluso panhispanica— que integran el imaginario español.

EL HISPANOAMERICANISMO COMO MATRIZ DEL NACIONALISMO ESPAÑOL

En 1892 y 1908 fueron organizados el IV Centenario del Descubrimiento y el I Centenario de la Guerra de la Independencia. Ambos aniversarios pretendían recordar dichos episodios y destacar su carácter fundacional para la construcción de la identidad nacional española. Al coincidir con el afianzamiento institucional de la Restauración borbónica, aquellas primeras celebraciones formaron parte de una campaña más amplia para ensanchar la base social de dicho régimen. También fueron ideadas para ayudar a enfrentar los desafíos que planteaba la transición que atravesaba la sociedad española del cambio de siglo, con la revolución industrial, importante aunque incompleta y circunscrita a algunas zonas, y con las crecientes demandas de varios sectores de la población hacia una mayor democratización.

Una parte significativa de aquellas políticas de memoria fue dedicada al recuerdo del imperio español de los siglos XVI-XVIII. La conmemoración del pa-

⁸ Piénsese en la aparición de la coalición Solidaritat Catalana y la organización sindical Solidaridad Obrera, las dos en torno a 1906-1909.

sado colonial americano fue promocionada por una corriente de ideas, el hispanoamericanismo, que surgió en los años 1880 a través del asociacionismo y de la prensa y que desde entonces nunca se separaría de los planteamientos nacionalistas españoles. Lanzado por varios profesores, periodistas y escritores (muchos de ellos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza), el movimiento americanista tenía como principal objetivo restablecer vínculos privilegiados de amistad y cooperación entre la ex metrópoli y las repúblicas americanas que se independizaron a lo largo del siglo XIX⁹. Considerada como la principal agencia de la corriente americanista, la Unión Ibero-Americana así fue creada en Madrid a fines de 1884 por políticos de diversas tendencias (el conservador Mariano Cancio Villaamil, el político liberal Segismundo Moret, el republicano Emilio Castelar, etc.) e intelectuales y diplomáticos interesados en el fortalecimiento de las relaciones trasatlánticas. Con su revista, participó activamente en la campaña de difusión del americanismo emprendida por otras asociaciones radicadas en el resto de España, especialmente en Andalucía, Cataluña y el norte peninsular.

Para justificar la ansiada reconciliación hispanoamericana, los «americanistas» españoles insistían en la herencia común lingüística, cultural, jurídica, etc., que ambos espacios seguían compartiendo más allá de la ruptura de las independencias. Asimismo, pretendían apoyar este reencuentro trasatlántico en los intereses comunes que estas naciones tenían, desde las relaciones educativas y culturales hasta los intercambios diplomáticos y comerciales. Al surgir precisamente cuando iba desapareciendo el imperio colonial español, el americanismo se integró en la campaña para superar la crisis finisecular surgida en torno al 98, y entró de lleno en la efervescencia regeneracionista que entonces ocupaba a distintos sectores de sus élites. Lo cierto es que, desde las últimas décadas del siglo XIX, el hispanoamericanismo constituyó un rasgo esencial del nacionalismo español. Nacido entre sectores mayoritariamente reformistas, en pocos años llegó a atravesar las diferentes corrientes del abanico político español, desde el liberalismo regeneracionista del cambio de siglo, hasta el nacionalismo católico y autoritario conservador de la derecha heredera de los postulados de Menéndez Pelayo, durante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera.

Aunque dominaba en muchos ensayos una concepción esencializante y de base castellanista¹⁰, la cultura nacional sobre la que se fundó el discurso nacionalizador en torno a 1900 tenía una fuerte dimensión proyectiva: la clave de la regeneración descansaba tanto en la europeización de España, como en la recuperación de un ideario imperial, mediante el africanismo y la coloniza-

⁹ Sobre el americanismo, véanse: PIKE, 1971; SEPÚLVEDA, 2005; y MARCILHACY, 2010.

¹⁰ Un ejemplo sería el famoso ensayo *Idearium español*, publicado por GANIVET, 1897.

ción de Marruecos¹¹. En un contexto de relativo aislamiento de España en el concierto europeo, el americanismo contribuyó sobremedida a esa utopía expansionista, celebrando la vocación universal de la Monarquía y la nación española (las exploraciones oceánicas, la colonización americana, la evangelización de los indios) y su capacidad para superar los límites de sus condicionantes materiales. Con el ideal americanista, renacía en cierta medida el mito del *Plus Ultra*, ese «más allá» convertido en divisa que constituía el cimiento de una identidad española plural supuestamente unificada por sus empresas exteriores.

Gracias a la multiplicidad de las referencias y símbolos que convocaba, el americanismo representó por lo tanto un incentivo potente para recuperar al país ante las interrogaciones ocasionadas por la crisis finisecular: tras el «desastre» militar de 1898, y en un momento de redistribución colonial entre las grandes potencias europeas, aparecía la necesidad de abandonar la anterior etapa de recogimiento¹². Asimismo, las élites políticas expresaron su preocupación por mantener el orden ante unos fenómenos que identificaban como nuevas amenazas, señaladamente la aparición de los nacionalismos alternativos, la multiplicación de los conflictos sociales en las áreas rurales y urbanas y el auge de corrientes antimonárquicas como el republicanismo y el anarquismo. Estas condiciones exteriores e interiores crearon un ambiente en el que las clases dirigentes tenían que recuperar la iniciativa para asegurar la pervivencia del régimen, por una parte reformando sus estructuras y modernizando el contrato social, y por otra apelando al patriotismo y estimulando el ardor identitario de los españoles¹³.

Ante estas evoluciones y desde posturas organicistas inspiradas en el krausismo, los reformistas cercanos a la Institución Libre de Enseñanza apostaron por convertir al pueblo en protagonista de la regeneración del cuerpo nacional, haciéndole acceder a la educación y democratizando algo las estructuras políticas existentes¹⁴. Tal era el caso, en particular, del historiador Rafael Altamira y de otros miembros del grupo de la Universidad de Oviedo, como Adolfo González Posada o Fermín Canella, todos ya comprometidos en el ideal americanista¹⁵. En esto, coincidían con muchas élites periféricas, dese-

¹¹ Para abordar la proyección de España en Marruecos y, más ampliamente, los contornos del africanismo español surgido a mediados del siglo XIX, léanse los trabajos de MORALES LEZCANO, 1976 y 1988.

¹² Consúltese al respecto: JOVER ZAMORA, 1979. BALFOUR, 1997. SCHMIDT-NOWARA, 1998: 31-89.

¹³ Sobre el anhelo de buscar nuevas vías para insertar España en la modernidad y en el entorno internacional a partir del 98, léase: GÓMEZ-FERRER y SÁNCHEZ (eds.), 2007.

¹⁴ En materia de reforma educativa, léase BOYD, 2000: 53-70 y 117-149.

¹⁵ Mandado por el rector de la Universidad de Oviedo (Fermín Canella), Rafael Altamira visitó siete países americanos entre junio de 1909 y marzo de 1910, para desarrollar allí programas de cooperación educativa y científica. En cuanto a Adolfo Posada, la Junta para Am-

sas de favorecer el desarrollo de las fuerzas vivas y de la economía: la ansiada liberalización tenía pues como objetivo acabar con el aislamiento del país para potenciar el comercio, pero también se centraba en la construcción de una colectividad nacional consciente y activa.

De hecho, el propio catalanismo adoptó esa renovada vocación imperial, consciente de los beneficios potenciales para la expansión económica de la región. El mundo empresarial catalán, agrupado en torno a la poderosa patronal Fomento del Trabajo Nacional, acogió muy favorablemente las ideas americanistas, ya que suponían abrir nuevos mercados para los productos de la industria española¹⁶. Asimismo, en un plano político, el ansiado reencuentro con América enlazó con las ambiciones internacionales que abrigaban varias figuras destacadas de la Lliga Regionalista, como Enric Prat de la Riba, o intelectuales afines a esta corriente, como Eugeni D'Ors¹⁷. Este interés ampliamente compartido lo prueba la creación en 1911 de la Casa de América, una asociación radicada en Barcelona que, junto a la ya existente revista comercial *Mercurio*, pronto abogó por la intensificación de los intercambios comerciales trasatlánticos¹⁸.

De ahí que no puedan concebirse las distintas corrientes nacionalizadoras existentes en el territorio español en claves totalmente separadas, y aún menos necesariamente contradictorias. Partiendo de premisas parcialmente convergentes, tanto el españolismo como el catalanismo se inscribieron en una campaña que coincidió en su doble finalidad de ampliar las zonas de influencia de la Península¹⁹ y de emprender una política de masas que configurase un nuevo marco identitario colectivo²⁰. Claro está, la definición de este marco contribuyó en muchos aspectos a diferenciar, e incluso enfrentar, dichas corrientes.

pliación de Estudios le permitió viajar a Hispanoamérica en 1910-11 para impartir ahí conferencias. Véase ALTAMIRA, 1911. POSADA, 1911.

¹⁶ El Fomento es una organización patronal española, que fue creada en 1889 por empresarios en su mayoría catalanes y principalmente en defensa de los intereses de los industriales de Cataluña. Cf. SELLES I QUINTANA, 2000.

¹⁷ Sobre la vocación imperial del catalanismo bajo la Restauración, remitimos a UCE-LAY DA CAL, 2003. El *Noucentisme*, vanguardia literaria y artística que pretendía elevar la cultura catalana a un nivel europeo, también integró en su ideario la proyección americana. Véase al respecto COSTA RUIBAL, 2002.

¹⁸ La Casa de América (Barcelona) fue creada el 2 de abril de 1911 por empresarios catalanes (Rafael Vehils, Federico Rahola, José Puigdollers), y miembros del Club Americano como Jacint Viñas Muxí, José G. del Valle y el puertorriqueño Ramón Méndez de Cardona. Sobre dicha asociación, véase: *La Casa de América (Asociación internacional ibero-americana)*. Orientación, estructura y organización, 1919.

¹⁹ Madrid y Barcelona rivalizaban para constituir el motor y centro de esta proyección exterior: contra la capital política de la monarquía, la ciudad condal pretendía asumir el liderazgo comercial de la Península.

²⁰ Este proceso se inserta en un fenómeno más amplio de construcción de identidades colectivas con proyección nacionalista en toda Europa. Léase al respecto THIESSE, 1999.

A lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX, el hispanoamericanismo, que combinaba ambas dimensiones de proyección e introspección, se enraizó en la vida política y cultural española²¹. Gracias a las iniciativas procedentes de las fuerzas vivas de la sociedad civil y con el apoyo de las autoridades, dio lugar a un sinnúmero de manifestaciones que traducían lo que Ferran Achilés llama acertadamente unas «experiencias de nación»²²: en el caso concreto, consistieron en la promoción de mitos y símbolos inspirados en el pasado colonial, y en la erección de monumentos convertidos en santuarios nacionales. También se manifestaron en la celebración de rituales civiles o cívico-religiosos, instituidos todos como fragua de una colectividad lista para volver a ser una comunidad conquistadora. Todas aquellas manifestaciones americanistas pretendían subrayar el inalterable carácter expansivo de España, el cual se debía tanto a la valía de su lengua y civilización, como a la fuerza de sus empresarios y emigrantes e incluso —para algunos— al ímpetu misionario manifestado antaño y ahora recuperado mediante la Acción Católica y el apostolado social del clero²³.

Entre estos soportes del imaginario y de la identidad nacional, el que mejor cristalizó en la memoria colectiva y las prácticas conmemorativas es el 12 de octubre, aniversario del Descubrimiento que desde el año 1918 se convirtió en fiesta nacional²⁴. De este modo, América pasó simbólicamente a ser la matriz de la comunidad nacional española, capaz de enlazar con un pasado del que ésta podía presumir y de ofrecerle una identidad a la vez unitaria y plural.

EL MITO DE LA RAZA EN EL MARCO DE IDENTIDADES MÚLTIPLES Y CONCURRENTES

Constitutivamente, lo nacional supone la relación de la comunidad con lo no nacional, sea éste interior o exterior. En la medida en que el americanismo

²¹ Sobre el desarrollo del hispanoamericanismo como fuente de políticas nacionalizadoras (políticas de memoria, monumentos, historiografía...) y de proyección diplomática, remitimos a nuestra tesis doctoral: MARCILHACY, 2006.

²² Mi punto de partida son las reflexiones teóricas de Ferran Achilés en torno a la construcción de la identidad nacional bajo la Restauración: concibe este período como «un excelente laboratorio» que permite reconsiderar los procesos de nacionalización, su alcance efectivo, así como los mecanismos efectivos de interiorización de la identidad nacional. Cf. ACHILÉS, 2007: 127-151.

²³ Pensemos, por ejemplo, en la misión apostólica que el cardenal arzobispo de Burgos, Juan Bautista Benloch, realizó en 1923 por varios países de Suramérica, en nombre de la Unión Misional del Clero.

²⁴ Ley del 15 de junio de 1918, presentada por el Presidente del Consejo, Antonio Maura y Montaner, y firmada por el rey Alfonso XIII (cf. *Gaceta de Madrid*, 167, 16-VI-1918, p. 688).

basa su proyecto de reconstrucción de España en la relación con América, la autorrepresentación colectiva que esta corriente supone postula un desvío por este continente para definir lo español. En ese sentido, el americanismo resulta ser una forma más del hispanismo²⁵. En el marco de la relación entre la comunidad nacional y ese *otro* americano, el mito de la «Raza hispana» surgió por primera vez en las décadas 1830-1840, mientras para muchos el continente americano se iba convirtiendo en terreno de enfrentamiento entre los pueblos latinos y anglosajones, portadores unos y otros de civilizaciones basadas en la expansión imperial²⁶. Desde la perspectiva española, la «Raza» aparecía como el sustrato de una comunidad imaginada, que compartía elementos identificadores como la lengua, la religión, la tradición, un pasado común, así como un parentesco étnico. Al respecto, la categoría racial pronto se autonomizó de la estricta referencia física para abarcar elementos culturales, y sería utilizada de este modo durante décadas para organizar las percepciones de las relaciones entre los diferentes pueblos del mundo.

El primero en identificar al conjunto de países hispanohablantes con el término de «Raza» fue el dominicano Francisco Muñoz del Monte, el cual describía como una rivalidad de razas la lucha que por aquel entonces habían entablado las distintas potencias con fines expansionistas o de mayor influencia en el continente americano²⁷. A mediados de siglo XIX, en el marco del naciente movimiento panhispanista, varios autores españoles de renombre, como Emilio Castelar y Juan Valera, recuperaron este concepto de una «Raza» española o hispana²⁸. Sin embargo, sólo empezó esa palabra a ocupar el centro del debate nacional bajo la Restauración borbónica. Entre los años 1870 y 1930, el mito hispánico de la Raza fue cobrando sustancia, llegando a convertirse en un elemento esencial del pensamiento sobre la identidad española. Dicho éxito se debe a que el vocablo «Raza» no se limitaba en su empleo a designar el fondo cultural común a España y sus ex colonias, sino que se integraba de lleno en el discurso regeneracionista, en particular gracias a los avances de varias ciencias sociales como la antropología o la criminología²⁹.

En un discurso que pronunció en 1882 ante el Ateneo de Madrid³⁰, el historiador y estadista Antonio Cánovas del Castillo, artífice del régimen restau-

²⁵ Para abordar esta corriente en su perspectiva cultural y filosófica, véase HEREDIA SORIANO, Antonio, «Hispanismo filosófico: problemas de su constitución», en: ABELLÁN (ed.), 1994; 143-160.

²⁶ Sobre la oposición entre latinos y anglosajones, consúltese LITVAK, 1980.

²⁷ Léase, por ejemplo, MUÑOZ DEL MONTE, 1 (Madrid, 1853): 247-280.

²⁸ Sobre la trayectoria del panhispanismo entre las décadas 1830 y 1860, remitimos a VAN AKEN, 1959.

²⁹ Sobre los usos de la identidad racial en relación con la crisis finisecular, véase GOODE, 2009.

³⁰ CÁNOVAS DEL CASTILLO, 1997 [1882].

racionista, insistía en la necesidad de cultivar un objetivo de proyección exterior para que la nación española siguiera existiendo con todas sus prerrogativas en el marco internacional. A la hora de definir la nacionalidad, convocaba asimismo elementos que él suponía ya existentes en la era prenatal, en particular los lazos étnicos, religiosos y lingüísticos. De este modo, confería un carácter «natural» a esas integraciones sociales que son las naciones, y tomaba así sus distancias con las consideraciones recién formuladas por Ernest Renan al respecto³¹.

Por otra parte, aquella intervención de Cánovas articulaba esos ingredientes procedentes de la sociedad tradicional con otros propios de la construcción moderna y contemporánea, en particular el colonialismo. Al afirmar que «las naciones cultas y progresivas indudablemente tienen que cumplir la misión divina de extender su propia cultura, y plantear por donde quiera el progreso, educando, elevando, perfeccionando al hombre»³², asumía como propio el discurso colonialista entonces en boga en Europa: ante el proceso de mundialización y el rediseño de las potencias, ya no a nivel europeo sino mundial, aparecía como una condición de supervivencia el tener colonias, o por lo menos países satélites, que funcionasen como caja de resonancia de la «nación madre». La Raza aparecía, para Cánovas, como una «agrupación natural de la familia humana», lo cual justificaba para él la pretensión española a liderar una todavía hipotética comunidad hispanoamericana de países oriundos del tronco ibérico. De ahí la atención de aquella generación finisecular de historiadores por los procesos de decadencia y retroceso de las naciones latinas, interpretados desde una perspectiva darwinista como el fruto de una «lucha de razas»³³.

En la concepción de Cánovas estaba en germen el concepto de «supernacionalidad» racial que iban a teorizar, en las décadas siguientes, los políticos de la derecha cercanos a la dictadura primorriverista. Frente al riesgo de «desnacionalización» que corrían las repúblicas hispánicas³⁴ y ante la temida fragmentación de la propia identidad española, las élites nacionalistas recuperaron el concepto de Raza en un proyecto tendente a reunir en un mismo haz los diferentes círculos de identificación a los que podían referirse los miembros dispersos de la familia hispánica. Ya en los años 1910, la escritora católica Blanca de los Ríos Nostench de Lampérez resucitó el mito de la «España

³¹ De hecho, el discurso de Cánovas era en parte una respuesta al discurso «Qu'est-ce qu'une nation?», leído por Renan en la universidad de la Sorbonne en 1882, y que aparece en: RENAN, 1947: vol. 1, 886-906

³² RENAN, 1947: vol. 1, 126.

³³ Señal de esta preocupación fue la gran repercusión en España del libro publicado por DEMOLINS, 1899.

³⁴ Esta idea de una posible «desnacionalización» de las repúblicas hispanoamericanas, la desarrolló el geógrafo BADÍA MALAGRIDA, 1944 [1919]: 37.

Mayor» y proclamó: «nuestra nacionalidad es una nacionalidad de raza»³⁵. Para la fundadora de la revista *Raza Española*, las naciones hispánicas tenían que superar la ruptura de la descolonización, so pena de disolverse y ser absorbidas por otras «razas» ya pujantes. Ante este riesgo, que juzgaba inminente, necesaria era la «Unión de la Raza hispana», considerada como un «imperio étnico y espiritual» de primer orden, basado en una agrupación familiar de pueblos y naciones unidos por el parentesco. En adelante, este tipo de análisis calaría en el discurso nacionalista, especialmente durante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. Como José Pemartín o José María Pemán, ideólogos de la derecha española por aquel entonces³⁶, el diplomático José María de Yanguas Messía, ministro de Estado del Directorio Civil entre 1925 y 1927, no dudó en apelar a un patriotismo racial como «afirmación del valor específico de los hombres y de los pueblos de la misma estirpe»³⁷.

Este concepto de nacionalidad racial, que recuperarían los ideólogos falangistas con el doble mito del imperio espiritual y la Hispanidad³⁸, no sólo sirvió las pretensiones diplomáticas de la España primorriverista, cuya diplomacia basaba sus aspiraciones ante la Sociedad de Naciones en una supuesta comunidad panhispánica encabezada por la *Hispania Mater*³⁹. El recurso al mito de la Raza también estuvo destinado a ofrecer una respuesta ideológica y propagandística a las tensiones políticas y culturales que amenazaban la estabilidad del régimen y la propia monarquía. De hecho, desde inicios del siglo XX, las élites españolistas no dejaron de advertir sobre los riesgos de fragmentación nacional, sea sospechando a las clases populares de ansias revolucionarias tras el ejemplo bolchevique de 1917, sea acusando la Lliga catalanista de separatismo encubierto, sea proclamando que los republicanos preparaban algún pronunciamiento. Las victorias electorales de unos y otros, patentes en varios centros urbanos, así como las crisis de los años 1909 y 1917, contribuyeron a agravar lo que se concebía como el problema nacional candente.

En ese contexto, la Raza resultó ser un modo de afianzar la idea de un nacionalismo que se quería federador (también llamado «patriotismo ecuménico»⁴⁰), susceptible de agrupar tanto a los distintos países de estirpe hispana

³⁵ RÍOS NOSTENCH DE LAMPÉREZ, 1 (Madrid, 1919): 9.

³⁶ Léase en particular el discurso de PEMÁN, 67 (Madrid, 1927): 213-244.

³⁷ Discurso pronunciado durante la ceremonia de imposición de la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica a los diplomáticos argentino y brasileño en Madrid, celebrada en 1926, y reproducido por ESPAÑA y TOMÁS, 1926: vol. 2, 198.

³⁸ Véase al respecto GONZÁLEZ CALLEJA y LIMÓN NEVADO, 1988.

³⁹ El antiguo ministro de Asuntos exteriores de Franco, Fernando CASTIELLA, dedicó uno de sus libros a los esfuerzos de la diplomacia primorriverista para obtener un puesto permanente en el consejo de la SDN entre 1919 y 1927, titulándolo *Una batalla diplomática*.

⁴⁰ La expresión la empleó el poeta futurista Ramón de Basterra, miembro de la «Escuela Romana del Pirineo» y cercano a los ideólogos nacionalistas Ramiro de Maeztu, Julien Sorel, Charles Maurras y Maurice Barrès. Cf. BASTERRA, 20-21 (Madrid, 1928): 147-149.

como a las diferentes clases sociales y regiones españolas. Ahora bien, la construcción de la identidad se hace a partir de adhesiones o identidades múltiples que, por suponer lealtades discordantes, pueden llegar a ser concurrentes. Las profundas mutaciones socioeconómicas e internacionales que acarrió la Gran Guerra dejaron el espacio libre a nuevas inclinaciones y solidaridades en el mundo hispánico: a nivel territorial, la región o patria chica competía con el marco del Estado-nación, mientras que el internacionalismo ganaba audiencia en las capas humildes de sociedades muy desiguales. A nivel sociológico, las reivindicaciones tanto sociales como étnicas, con movimientos de tipo socialista o indigenista, iban cuestionando los marcos culturales y políticos tradicionales de las sociedades hispánicas. El principio de las nacionalidades, proclamado por el presidente estadounidense Wilson al concluir la Primera Guerra mundial⁴¹, abrió una brecha que potencialmente amenazaba la estabilidad de unas naciones como España cuyo proceso histórico no había conducido a una completa homogeneización cultural de su territorio.

Esta preocupación creciente por la fragmentación del marco nacional se relacionaba con el temor a la dilución de la identidad hispánica fuera de las fronteras peninsulares. Ante la progresión de la influencia norteamericana, el geógrafo catalán Carlos Badía Malagrida, miembro del cuerpo consular en México, así advirtió en 1919 de un riesgo de *descastamiento* de las repúblicas hispanoamericanas. Para él, sólo un hispanismo basado en el nuevo ideal de la Raza permitiría evitarlo. Apoyándose en los escritos del empresario catalán Federico Rahola⁴², Badía Malagrida concluía con la visión de una nueva España, que de cierto modo enlazaba con la reivindicación de una «España grande» que acababa de formular el líder de la Lliga Regionalista:

Creo sinceramente que el sentimiento hispánico en América está destinado a ser el coeficiente común de todos los nacionalismos; el aglutinante de todos ellos en una superior homogeneidad espiritual, que acaso responda al concepto de la *supernación* antes aludido. [...]

Dentro de esta concepción, que culmina como símbolo de la *España grande*, se armonizan todas las tendencias y todos los matices; desde la fecunda célula del regionalismo catalán, hasta las más amplias irradiaciones de la *supernacionalidad iberoamericana*⁴³.

⁴¹ Consistía en reconocer el derecho de los pueblos o naciones europeas a la autodeterminación política, para constituir su propio estado si lo desearan (cf. «Discurso de los catorce puntos», pronunciado el 8 de enero de 1918 por Theodore Woodrow Wilson ante el Congreso de los EEUU).

⁴² En 1918, Rahola formuló el proyecto de un acuerdo político entre España y sus antiguas colonias de América: RAHOLA, 1918: 558-559.

⁴³ Ambos fragmentos aparecen en BADÍA MALAGRIDA, 1944: 36 y 372.

Esta convergencia con el manifiesto *Per Catalunya i l'Espanya gran*, publicado en 1916 por Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó⁴⁴, enseña cómo el catalanismo pudo integrarse parcialmente en la campaña nacionalista española⁴⁵. Si desde Cataluña la apuesta tenía como objetivo reformar la organización territorial española en clave federalista, la mayoría de las élites americanistas no cuestionaban el modelo territorial unitario vigente: más bien pretendían asociar en un ideal común ciertas aspiraciones del catalanismo, aunque rebajado a un «regionalismo» catalán, con la Gran España deseada y la «supernacionalidad» racial. Esta concepción inclusiva de la nación española no era nueva, pues ya había aparecido en los debates constituyentes de Cádiz, que recuperaron este concepto de gran nación que procedía del catalán Antoni de Capmany⁴⁶: «¿Qué sería ya de los españoles si no hubiera habido aragoneses, valencianos, murcianos, andaluces, asturianos, gallegos, extremeños, castellanos, etc.? Cada uno de estos nombres inflama y envanece, y de estas pequeñas naciones se compone la masa de la gran nación»⁴⁷. Lo único es que esta utopía de una Gran España, o España Mayor, volvía a surgir en un momento en que el país acababa de perder su estatus de potencia colonial y atravesaba una crisis identitaria que amenazaba la unidad nacional. Por lo tanto, para los promotores del americanismo, fuera cual fuera su afiliación política, la Raza debía constituir la matriz de una «nacionalidad compuesta» capaz de superar las tensiones y conflictos identitarios. Dicho de otro modo, el ideal representado por la Raza había de representar el fermento de un nuevo patriotismo unificador.

Para unos, esa presunta «nacionalidad racial» integraba la diversidad cultural española en una entidad transfronteriza, constituida por las naciones hispánicas, aunque sin plantearlo nunca en términos integracionistas o aun federalistas. Tal era el caso del periodista Eduardo Gómez de Baquero, el cual defendía el «sentimiento de universalidad racial» sin perjuicio de los caracteres nacionales de los pueblos, identificando esta adscripción como una «segunda nacionalidad: la nacionalidad ecuménica de los pueblos americanos»⁴⁸.

⁴⁴ Dicho manifiesto de los parlamentarios catalanistas fue publicado el 18 de marzo de 1916, antes de las elecciones generales, en el periódico de Barcelona *La Veu de Catalunya*. Queda reproducido en PRAT DE LA RIBA, 1998-2000, vol. 3 (1906-1917): 812-819.

⁴⁵ Sobre la orientación de la Lliga Regionalista en el seno del catalanismo a partir de 1901 y en su relación con la política nacional, véase: UCELAY DA CAL, 2003. GONZÁLEZ CALLEJA, 23 (2005): 297-312.

⁴⁶ El catalán Ramón Lázaro Dou, primer presidente de las Cortes de Cádiz, respaldó esta idea de «Gran nación» formulada por Capmany. Cf. DOMÍNGUEZ GARCÍA, 2 (2006); 7. Véase también ATTARD, 60 (1991): 43-60.

⁴⁷ CAPMANY, 1810: 91-92.

⁴⁸ Esta «nacionalidad ecuménica» no ha de descansar, pues, en el ensueño imperial o en la «España Mayor», sino que debe procurar reducir la proporción de extranjería entre españo-

Para otros, como Blanca de los Ríos Nostench de Lampérez, se trataba sobre todo de priorizar una interpretación castellanocentrista, inspirada en el papel dominante de Castilla en la epopeya colonial. So capa de incluir la diversidad territorial española, varios intelectuales y políticos favorables al centralismo borbónico negaron de esta manera cualquier legitimidad política a los demás componentes de la nación española.

Semejante imaginario racial (que unos y otros alimentaban) suponía de cualquier modo una forma de despolitización del ideario nacional, ya que consistía en convocar elementos culturales y étnicos (como el linaje, la lengua castellana o hasta la religión católica), como argamasa de la colectividad. Lo cual significaba difuminar sus divisiones internas en una supuesta comunidad natural, remota, e incluso de gran magnitud ya que debía incluir a las repúblicas hispanoamericanas.

Por otra parte, este concepto de nacionalidad compuesta enlazaba con la tradición nacional y le confería modernidad al viejo concepto de la comunidad política hispánica presentada como «Monarquía compuesta», que desde Carlos V había prevalecido a lo largo del Antiguo Régimen⁴⁹. Ya no se trataba de la unión bajo una sola corona de territorios que preservaban sus leyes y privilegios, dentro o fuera de la Península ibérica, sino de una comunidad racial que rebasaba las fronteras de lo español para abarcar de forma unitaria la pluralidad de las naciones nacidas de la emancipación americana y la misma diversidad constitutiva de la España contemporánea.

Los ingredientes que, en los siglos XVI-XVII, habían legitimado la existencia del edificio político de la Monarquía Hispánica, eran la fe católica y la lealtad dinástica, dos elementos también presentes en esa construcción simbólica de la Raza hispana: junto con el idioma, muchos pensadores veían en la religión católica una argamasa esencial de esta comunidad, sobre todo frente a la América anglosajona y protestante, de modo que esta reivindicación llegó a constituir un *leitmotiv* del discurso conservador sobre la fraternidad hispanoamericana⁵⁰. Igualmente, los americanistas no dejaban de subrayar el papel del monarca español Alfonso XIII, presentado como «rey de la Raza» y factor

les e hispanoamericanos. También afirma el académico: «El problema de la cooperación hispano-americana consiste fundamentalmente en la conciliación de estos dos términos: hispanismo y nacionalismo. Al contraponer estos dos términos, queda dicho que el hispanismo no ha de entenderse en sentido nacional, sino genérico; no como influencia exclusiva española, del pueblo europeo llamado España, sino como sentimiento ecuménico y general de esta gran familia de pueblos», GÓMEZ DE BAQUERO, 19 (Madrid, 1928): 73-78.

⁴⁹ ELLIOTT, John H., «Monarquía compuesta y Monarquía universal en la época de Carlos V», en SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ y CASTELLANO (coord.), 2001: vol. 5., 699-710. En cuanto a sus repercusiones en la edad contemporánea, véase ÁLVAREZ JUNCO, José, «España y su laberinto identitario», en COLOM GONZÁLEZ (ed.), 2005: vol. 1, 463-475.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, GARCÍA NIETO: 1920.

de unidad para la comunidad hispánica⁵¹. Más allá de sus divergencias ideológicas internas, tanto las comunidades de emigrantes españoles en América como los círculos americanistas peninsulares repetidamente le solicitaron para que emprendiera un viaje transatlántico y patrocinara con su presencia en América la ansiada unión hispanoamericana⁵².

En resumidas cuentas, gracias al mito de la Raza, la idea de España como familia de pueblos pretendía superar la ruptura política y cultural que había representado la independencia de las antiguas colonias, equiparándola a un proceso natural de emancipación filial. Igualmente pretendía borrar las profundas divergencias políticas que recorrían la sociedad española, y neutralizar las nuevas identidades regionales y clasistas que ya habían cobrado fuerza, integrándolas en un esquema racial supuestamente consensual e inclusivo.

EL 12 DE OCTUBRE EN EL CRUCE DE TODAS LAS ESPAÑAS

Las anteriores consideraciones pueden ilustrarse con una empresa que congregó a todos los sectores del hispanoamericanismo en tiempos de la Restauración y la dictadura primorriverista: entre 1892 y los años 1930, la fiesta del 12 de octubre, fecha aniversario del Descubrimiento de América, constituyó la fragua de un nacionalismo español basado en diferentes círculos identitarios que se conjugaron para fabricar una «nacionalidad compuesta»⁵³. El desarrollo de las conmemoraciones del 12 de octubre refleja la fiebre historicista que se apoderó de la sociedad española desde el cambio de siglo. Como emblema de toda la empresa colonizadora protagonizada por España, el 12 de octubre se convirtió a partir de la década 1910 en uno de los principales núcleos de la acción nacionalizadora, difundándose por la Península ibérica gracias a la iniciativa de la sociedad civil.

A nivel esquemático, el establecimiento de esta celebración consistió en buena medida en una construcción desde abajo arriba, e incluso desde afuera

⁵¹ Consúltense «El Rey de España y los pueblos ibero-americanos», *Unión Ibero-Americana*, 8 (Madrid, 1907); 6, y «El viaje del Rey a América», *Unión Ibero-Americana*, 10 (Madrid 1907); 5. Sobre el protagonismo de Alfonso XIII en materia diplomática, léase: NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, «El rey embajador: Alfonso XIII en la política internacional», en MORENO LUZÓN (ed.), 2003: 239-276.

⁵² Tal era el caso, por ejemplo, de una destacada figura del republicanismo español afincado en Argentina, Rafael Calzada, el cual llamaba sus discípulos al respeto a la familia real como símbolo español, en particular en el extranjero. Sobre su acogida a la visita de la infanta Isabel de Borbón para el centenario de la independencia argentina, en 1910, remítase a *Cincuenta años de América. Notas autobiográficas*, en: CALZADA, 1927: vol. 5, 367-378.

⁵³ Además de nuestro libro sobre los orígenes de la fiesta de la Raza en España (MARCILHACY, 2010; 325-584), se encontrará un estudio de la repercusión del aniversario del 12 de octubre en distintos territorios de Estados Unidos e Hispanoamérica en RODRÍGUEZ, 2004 a.

adentro, si se considera el papel vanguardista que en la difusión del 12 de octubre desempeñaron las repúblicas americanas y los colectivos de emigrantes allí radicados. Un primer elemento es el papel de las élites provinciales y de los líderes de opinión local en dicho proceso: ya desde la prensa y las tribunas regionales del americanismo, ya desde sus funciones electivas y políticas, esos agentes intervinieron en la promoción de la fiesta, en la conformación del ritual celebrativo y en la definición del contenido programático e ideológico que se le asociaba. Como revela la procedencia de estos actores, la construcción de la identidad se hace a partir de solidaridades e identidades múltiples, que son a la vez concurrentes y compatibles. El 12 de octubre enseña cómo la identidad nacional española se difundió partiendo de una afirmación territorial local y regional⁵⁴, y hasta transnacional. Por cierto, la diversidad regional o incluso ideológica de los núcleos implicados entró de lleno en la construcción de un imaginario español colectivo, aunque aportando matices.

En la España de principios de la década 1910, los más activos defensores de la Fiesta de la Raza, o Día de Colón, se encontraban entre los notables de varias regiones y ciudades en las que existía alguna asociación americanista. Quienes organizaron los primeros festejos fueron los círculos profesionales de las clases medias, como médicos, abogados, profesores y periodistas, las cámaras de comercio, las élites políticas e intelectuales de algunos centros urbanos de la periferia, como Cádiz, Huelva, Barcelona, Oviedo o La Coruña. Así es llamativo que el americanismo español naciera primero a partir de iniciativas de la sociedad civil, y sólo progresivamente fuera recuperado y apoyado por las instancias oficiales y estatales. Cabe destacar el papel primordial que desempeñaron múltiples asociaciones americanistas con fuerte implantación territorial: desde la Sociedad Colombina Onubense, nacida en 1880, y el Centro de la Unión Ibero-Americana en Vizcaya (Bilbao, 1906), hasta las múltiples agrupaciones creadas alrededor de 1910, como la Casa de América barcelonesa, la Casa América-Galicia, en La Coruña, la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, en Cádiz, o los distintos Clubs Palósfilos andaluces⁵⁵.

En su seno, obraron por la difusión del 12 de octubre y el fortalecimiento del americanismo destacados líderes de opinión que a la vez tenían un arraigamiento local y una proyección nacional: citemos por ejemplo al médico y alcalde liberal de Cádiz, Cayetano del Toro y Quartiellers. Con Pelayo Quintero y Atauri, fundó la Academia Hispano-Americana de Cádiz. A partir de sus funciones municipales y mediante esta institución, Cayetano del Toro

⁵⁴ Véase al respecto la obra colectiva dirigida por FORCADELL y ROMEO (eds.), 2006.

⁵⁵ Sobre el nacimiento del americanismo a través de estas asociaciones diseminadas por el territorio español, véase SEPÚLVEDA MUÑOZ, 4 (Madrid, 1991): 271-290 y RODRIGUEZ, 2004 b: 251-288.

estuvo en contacto con el senador Rafael María de Labra, con quien organizó la celebración del Centenario de las Cortes de Cádiz, contribuyendo a darle un marcado carácter americanista. Precisamente en Cádiz, las primeras celebraciones de la Fiesta de la Raza aparecieron en 1915, cuando todavía escasas capitales provinciales le daban algún lustre⁵⁶. En Cataluña, encontramos al empresario Federico Rahola, quien ya en 1911 promovió las primeras celebraciones del 12 de octubre desde la importante Casa de América, en el interior de su sede: a partir del año siguiente, la conmemoración barcelonesa se trasladó al espacio público, al pie del enorme monumento a Colón levantado en 1888 en la plaza del Portal de la Pau⁵⁷. Con ser catalanista y diputado de la Lliga en las Cortes, Rahola, que también era secretario del Fomento del Trabajo Nacional, así contribuyó a la promoción y al éxito de esta celebración nacional, apodada a partir de 1913 «Fiesta de la Raza»⁵⁸.

El arraigo local y el carácter multitudinario de esta fiesta lo aseguró también el colectivo regional formado por los aragoneses. Por coincidir la fecha con la fiesta de la Virgen del Pilar, tanto en Zaragoza como en todas las provincias en que existía una comunidad más o menos nutrida de emigrados aragoneses, los festejos del 12 de octubre revistieron allí un inusitado carácter popular y hasta tradicional. Por cierto, la convergencia de ambos motivos —laico con Colón y religioso con la Virgen—, fue fundamental para que prosperase la Fiesta de la Raza en la España restauracionista: esta dualidad interpretativa por un lado permitía enlazar con la figura de Santiago y la tradición católica, fundacional para el nacionalismo conservador. Pero también recordaba otro episodio esencial para la historiografía liberal-progresista, la Guerra de Independencia de 1808, en la que la Virgen del Pilar habría ofrecido su protección al pueblo español que, desde la lectura de estos sectores ideológicos, se había levantado en armas contra el invasor francés en nombre de la patria y la libertad⁵⁹.

Estos ejemplos indican que las celebraciones del 12 de octubre articularon la construcción nacional con la expresión de las identidades subestatales, en

⁵⁶ En 1914, sólo hubo alguna celebración de homenaje al 12 de octubre en diez capitales provinciales. Para el 12 de octubre de 1915, esta cifra ya ascendía a veinte capitales, que eran las siguientes: Alicante, Barcelona, Bilbao, Cádiz, Castellón, La Coruña, Granada, Guadalajara, Huelva, Logroño, Madrid, Málaga, Melilla, Murcia, Oviedo, Salamanca, Santander, Tarragona, Valencia, Zaragoza (cf. «La Fiesta de la Raza en las provincias españolas», *Unión Ibero-Americana*, 10 (Madrid, 1915): 123-159).

⁵⁷ MICHONNEAU, 2002: 138-141.

⁵⁸ La iniciativa de esta denominación se debía a la Unión Ibero-Americana, asociación americanista madrileña, que ya había organizado el centenario de 1892 y que, desde 1913, emprendió una muy activa propaganda en ambas orillas del Atlántico para la difusión y la adopción oficial de la fiesta del 12 de octubre (cf. «La Fiesta de la Raza», *Unión Ibero-Americana*, 4 (Madrid, 1913): 6-7).

⁵⁹ Cf. «En busca de una Fiesta Nacional», en SERRANO, 1999: 313-329.

particular en la España periférica. Ilustran del mismo modo las conexiones políticas que existían entre el centro y las élites locales, así como la porosidad entre las identidades regional y nacional. Hasta podríamos hablar de conexión transnacional, si tomamos en cuenta la acción de otros agentes que tempranamente actuaron para difundir el 12 de octubre desde su esfera: las comunidades de emigrantes españoles asentados en América. A menudo agrupados en casas regionales, como los centros gallegos y asturianos, estos actores de distintas orientaciones políticas, desde monárquicos hasta republicanos, fueron los primeros en promover la celebración del 12 de octubre como una fiesta «racial» que reuniese la «madre patria» con sus ex colonias ya independientes⁶⁰. Su implicación patriótica para defender el nombre de España en sus tierras de acogida, patente en la organización de los festejos colombinos, revela cómo la Fiesta de la Raza pudo participar en la construcción de una identidad nacional, e incluso panhispánica, en la que entraba la diversidad constitutiva de lo español.

Así, con aquellos festejos se resucitó de algún modo el mito de las Españas, gracias a los lazos trabados entre élites de distintas procedencias, e incluso a los conflictos y controversias que dichas celebraciones no dejaron de suscitar en ambas orillas. De hecho, tanto en España como en las distintas repúblicas americanas, se expresaron muchos contradictores ante esta supuesta comunidad racial que pretendía borrar las divisiones históricas y reescribir la historia. El cubano Fernando Ortiz fue uno de los más críticos⁶¹, pero también cabría citar, entre estos contradiscursos, a Miguel de Unamuno:

Ved por qué yo, que creo haber hecho por mi raza —espiritual— y por su lengua más que el que más de esos racistas de última hora, me siento obligado a escatimar mi participación en fiestas que empiezan a perder su sencilla pureza originaria. Me quedo con raza y sin fiesta mientras no se depuren las cosas a ellas atañederas⁶².

Con todo, las raíces locales del 12 de octubre y la expansión de este ritual a través de los territorios presentes y pasados de España han permitido convertirlo con el tiempo en una auténtica «experiencia de nación», que ha ayudado a que los miembros de dicha comunidad interioricen los marcadores identitarios de la España contemporánea.

⁶⁰ Menciónese, como ejemplo, al presidente de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, Rafael Calzada: este asturiano residente en Argentina, afiliado al Partido Republicano Progresista fundado por Manuel Ruiz Zorilla, organizó el 12 de octubre de 1904 en Buenos Aires unos juegos florales para el 412 aniversario del Descubrimiento (cf. CALZADA, 1927; vol. 5, 230). Sobre la actuación de los colectivos de emigrantes españoles para la difusión de la fiesta del 12 octubre por América, véase RODRÍGUEZ, 2004 a.

⁶¹ ORTIZ, s.f. [1911].

⁶² «La Fiesta de la Raza» (1935), en UNAMUNO, 1948: 54.

A la hora de hacer un balance sobre esa empresa nacionalizadora en las primeras décadas del siglo XX, forzoso es reconocer que, si tanto en España como en América las ceremonias no tuvieron nunca el fasto ni el brillo popular esperado, sin embargo la población española paulatinamente fue asociándose a la conmemoración. Lo expresaba el periódico catalán *La Vanguardia*, en su número del 12 de octubre de 1927, al asegurar que la Fiesta de la Raza había nacido como fiesta de las élites y que, por eso mismo, necesitaba tiempo para instalarse en las conciencias populares:

La Fiesta de la Raza parece que será hoy celebrada con más solemnidad que en años anteriores. El elemento oficial aceptó la patriótica iniciativa, desde el primer momento, con entusiasmo indudable; el público, indiferente al principio, va dejándose penetrar poco a poco por la significación de este día, que tiene acaso sus más fervientes devotos en el Nuevo Mundo⁶³.

Aunque pueda discutirse el éxito del Día de la Raza para la fidelización a largo plazo del pueblo y de las regiones periféricas, esta conmemoración anual no obstante ha contribuido a escribir el relato de los orígenes de la nación española con fines de autoidentificación colectiva positiva, huyendo de memorias conflictivas o potencialmente subversivas o potencialmente subversivas. En los primeros años en que se celebró, permitió asimismo superar el estado de postración posterior al «Desastre», ofreciendo a la nación española una proyección exterior, basada en un expansionismo de carácter poscolonial que ensanchaba el nacionalismo español sin tampoco reducirse a un mero imperialismo o neocolonialismo⁶⁴. La misma evolución que registraron los festejos del 12 de octubre ilustra la doble orientación inherente al americanismo, que al fin y al cabo coincidía en su proyecto de nacionalizar a las masas y concienciar al pueblo: a partir de la década de 1910, tanto los intelectuales y políticos procedentes del progresismo liberal como los labradores de una identidad nacional-católica convergieron en el proyecto de vertebrar a la nación ofreciéndole un ideal de cohesión interna y de proyección de las energías patrias hacia el exterior. Sólo cuando la Fiesta de la Raza se convirtió en un instrumento propagandístico que utilizarían las dos dictaduras autoritarias (Primo de Rivera y Franco), acabaría provocando el hartazgo de los intelectuales liberales y de parte de la población, por privilegiar una lectura partidista del pasado y de la identidad española⁶⁵.

⁶³ «La Fiesta de la Raza y de la Paz», *La Vanguardia*, 12-X-1927: 8.

⁶⁴ Sobre la compleja relación entre neocolonialismo y poscolonialismo, y la tendencia de cierta historiografía reciente en confundir ambas nociones, remitimos a HUGGAN, 4 (Toronto, 1997); 19-24.

⁶⁵ Sobre el período de 1923 a 1930, véase QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, 2008: 109 y ss. Para una apreciación de esta cuestión para las décadas 1930 y 1940, véase JULIÁ, 2004; 275-407.

CONCLUSIÓN

A lo largo de la Restauración, el mito de la Raza participó poderosamente en la genealogía del imaginario español, ofreciéndole a la nación una ascendencia y situando su recorrido histórico en el marco de una proyección exterior de su carácter y sus fuerzas. La identidad española se construye en un espacio en el que la acción del Estado se articula con la de los actores sociales. Por eso, de especial interés es el papel de los agentes o promotores del americanismo, los cuales procedían tanto de la sociedad civil como de los círculos oficiales. El arraigo del 12 de octubre durante las primeras décadas del siglo XX lo demuestra: trátase de empresarios, periodistas o profesores, el americanismo nació entre los notables locales de la Península y, en América, entre los emigrantes españoles mejor asentados. Gracias a la Unión Ibero-Americana y a iniciativas como el IV Centenario de 1892, varios diplomáticos españoles y políticos peninsulares pronto ofrecieron su apoyo a este movimiento, dándole un respaldo oficial que confirmaron el Estado central y el rey.

Como afirma Xosé Manoel Núñez Seixas⁶⁶, la construcción nacional de lo español se beneficia de los distintos niveles institucionales y espaciales, empezando con la ciudad y la región. La historia del hispanoamericanismo ilustra el carácter fecundo (hasta en sus controversias) de la articulación de identidades múltiples, territoriales e ideológicas, con lo nacional: fuese a través del reformismo krausista, cuyo organicismo inmanente concebía a la sociedad como un agregado armónico de cuerpos territoriales y de identidades, fuese a través del apego conservador al modelo preliberal de la Monarquía compuesta, puede decirse que la diversidad intrínseca de «las Españas», o incluso de los países integrantes de la llamada «Raza hispana», contribuyó potentemente a labrar el imaginario español de la primera mitad del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, José Luis (ed.), *El reto europeo: identidades culturales en el cambio de siglo*, Madrid, Trotta, 1994
- Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001
- Altamira, Rafael, *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1911
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, London, 1991 [1983]

⁶⁶ Las posteriores reflexiones se inspiran en el estudio de NÚÑEZ SEIXAS, 39 (Madrid, 2008): 61-77.

- Attard, Emilio, «Las nacionalidades según los legisladores constituyentes», *Cuenta y Razón*, 60 (Madrid, 1991): 43-60.
- Badía Malagrida, Carlos, *El factor geográfico en la política sudamericana*, Madrid, Tipografía y litografía Coullaut, 1944 [1919]
- Balfour, Sebastian, *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997
- Banton, Michael, *Ethnic and Racial Consciousness*, London, Longman, 1997
- Basterra, Ramón de, «El Nacionalismo mundial. De la ‘Sobrespaña’ o ‘Espérica’», *Revista de las Españas*, 20-21 (Madrid, 1928): 147-149
- Beramendi, Justo, *El nacionalismo gallego*, Madrid, Arco Libros, 1997
- Beramendi, Justo, Máiz Suárez, Ramón y Núñez Seixas, Xosé Manoel (eds.), *Nationalism in Europe. Past and Present*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1995, 2 vols.
- Bernabeu Albert, Salvador, *1892: el Centenario del Descubrimiento de América en España*, Madrid, CSIC, 1987
- Blas Guerrero, Andrés de (coord.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997
- Boyd, Carolyn P., *Historia Patria. Política, historia et identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000
- Calzada, Rafael, *Obras completas*, Buenos Aires, Librería y Casa editorial de Jesús Menéndez, 1927, 7 vols.
- Campuzano Carvajal, Francisco (coord.), *Les nationalismes en Espagne: De l'État libéral à l'État des autonomies (1876-1978)*, Montpellier, Université Paul Valéry-Montpellier III, 1993
- Canal, Jordi y Moreno Luzón, Javier (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, CEPC, 2009
- Cánovas del Castillo, Antonio, *Discurso sobre la nación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 [1882].
- Capmany, Antonio de, *Centinela contra franceses*, Sevilla, Imprenta Real, 1810.
- Castiella, Fernando, *Una batalla diplomática*, Barcelona, Planeta, 1976.
- Colom González, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, 2 vols.
- Costa Ruibal, Óscar, *L'imaginari imperial. El Noucentisme català i la política internacional*, Barcelona, Alpha, 2002.
- Demolins, Edmond, *En qué consiste la superioridad de los Anglo-Sajones*, Valladolid, Imp. Castellana, 1899 (2ª ed. prologada por Santiago Alba).
- Domínguez García, Fernando, «Más enllà de la Nació: la nació catalana i la idea d'Espanya com a ‘Nació de nacions’», *Papers de Federalisme*, 2 (Barcelona, 2006): 43-60
- España, Miguel y Tomás, Ricardo, *El vuelo España-América. Reconquista de los pueblos iberoamericanos hecha por el «Plus Ultra»*, Valencia, s. ed., 1926, 2 vols.

- Forcadell, Carlos y Romeo, María Cruz (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-Diputación de Zaragoza, 2006.
- Ganivet, Ángel, *Idearium español*, Granada, Tip. Lit. Viuda e Hijos de Sabatel, 1897.
- García Nieto, Luis, *Patria y Religión. Huelva y La Rábida. Discurso pronunciado en la apertura de las Conferencias de la Juventud Artística de Huelva durante el curso de 1920*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico de J. Santigosa, 1920.
- Gómez de Baquero, Eduardo, «Nacionalismo e hispanismo», *Revista de las Españas*, 19 (Madrid, 1928): 73-78
- Gómez-Ferrer, Guadalupe y Sánchez, Raquel (eds.), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007
- González Calleja, Eduardo y Limón Nevado, Fredes, *La hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil*, Madrid, CSIC, 1988
- González Calleja, Eduardo, «El catalanismo en la hora del imperialismo: un estudio excepcional sobre la proyección hispánica del nacionalismo lligaire», *Studia historica. Historia contemporánea*, 23 (Salamanca, 2005): 297-312
- Goode, Joshua, *Impurity of blood. Defining Race in Spain, 1870-1930*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009
- Granja Sáinz, José Luis, Anguera, Pere y Beramendi, Justo G. (eds.), *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis, 2001
- Granja Sáinz, José Luis, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 1995
- Huggan, Graham, «The Neocolonialism of Postcolonialism: A Cautionary Note», *Links and Letters*, 4 (Toronto, 1997): 19-24
- Jover Zamora, José María, 1898. *Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979
- Juliá, Santos, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004
- La Casa de América (Asociación internacional ibero-americana). Orientación, estructura y organización*, Barcelona, Casa de América, 1919
- Litvak, Lily, *Latinos y anglosajones. Orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill, 1980
- Marcilhacy David, *Une histoire culturelle de l'hispano-américanisme. L'Espagne à la reconquête d'un continent perdu (1910-1930)*, Tesis dirigida por Paul Aubert y Serge Salaün, Université de Paris III, Paris, 2006, 2 vols.
- Marcilhacy, David, *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, CEPC, 2010.
- Michonneau, Stéphane, *Barcelona: memoria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo Editorial, 2002.

- Morales Lezcano, Víctor, *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1976.
- Morales Lezcano, Víctor, *Africanismo y orientalismo en el siglo XIX español*, Madrid, UNED, 1988.
- Moreno Luzón, Javier (ed.), *Alfonso XIII: un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Moreno Luzón, Javier (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007.
- Muñoz del Monte, Francisco, «España y las repúblicas hispanoamericanas», *Revista Española de Ambos Mundos*, 1 (Madrid, 1853): 247-280.
- Nora, Pierre (dir.), *Les Lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984-1993, 7 vols.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel, «Unidad y diversidad de las naciones en España. Una visión panorámica», *Cuadernos de Alzate*, 39 (Madrid, 2008): 61-77.
- Ortiz, Fernando, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Paris, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas Librería Paul Ollendorff, s.f. [1911].
- Pan-Montojo, Juan (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Pemán, José María, «Valor del hispano-americanismo en el proceso total humano hacia la unificación y la paz», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 67 (Madrid, 1927): 213-244.
- Pike, Frederick B., *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, Notre Dame-London, University of Notre Dame Press, 1971.
- Posada, Adolfo, *En América. Una Campaña: relaciones científicas con América, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay*, Madrid, Librería de F. Beltrán, 1911.
- Prat de la Riba, Enric, *Obra completa (a cura d'Albert Balcells i Josep Maria Ainaud de Lasarte)*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1998-2000, 3 vols.
- Quiroga Fernández de Soto, Alejandro, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, CEPC, 2008.
- Rahola, Federico, *Programa americanista: post-guerra*, Barcelona, Casa de América, 1918.
- Renan, Ernest, *Œuvres complètes*, Calmann-Lévy, Paris, 1947-1961, 10 vols.
- Riquer i Permanyer, Borja de, *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Barcelona, Eumo Ed., 2000.
- Ríos Nostench de Lampérez, Blanca de los, «Nuestra Raza», *Raza Española*, 1 (Madrid, 1919): 7-12.
- Rodríguez, Miguel, *Celebración de "la raza". Una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana, 2004.

- Rodríguez, Miguel, «De la moda de los centenarios a un aniversario. El 12 de octubre en España», dans Erika Pani y Alicia Salmerón (coord.), *Conceptualizar lo que se ve: François-Xavier Guerra historiador. Homenaje*, México, Instituto Mora, 2004.
- Sánchez-Montes González, Francisco y Castellano, Juan Luis (coord.), *Carlos V, europeísmo y universalidad*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, 5 vols.
- Sellés i Quintana, Magda, *El Foment del Treball Nacional, 1914-1923*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro, «Medio siglo de asociacionismo americanista español (1885-1936)», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 4 (Madrid, 1991): 271-290.
- Sepúlveda, Isidro, *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons-Fundación Carolina, 2005.
- Serrano, Carlos, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.
- Taibo Arias, Carlos (coord.), *Nacionalismo español: esencias, memorias e instituciones*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.
- Thiesse, Anne-Marie, *La création des identités nationales. Europe XVIII^e – XX^e siècles*, Paris, Seuil, 1999.
- Ucelay Da Cal, Enric, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.
- Unamuno, Miguel de, *Visiones y comentarios*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948.
- Van Aken, Mark J., *Pan-Hispanism. Its Origin and Development to 1866*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1959.

Recibido: 18-05-2011

Aceptado: 23-05-2012